

—¡Ah, caballero!—interrumpió el comandante;—¡no se debe atormentar de ese modo á un hombre! ¡No se le destroza el corazón para arrancarle un secreto! ¿Mi mujer decís que se ha escapado con otro?... Pues bien, eso es horrible, espantoso y vil; sufro cuanto un hombre puede sufrir; pero el nombre de ese cobarde, los nombres de mis amigos, á quienes amenazais, esos no lo sabreis.

—¿Nunca?

—¡Jamás!

—Ya lo veremos — murmuró José Fouché entre dientes.

Luego llamó.

—Conducid al detenido á la Conserjería.

Y con la mano, haciendo un gesto de benévola despedida:

—Hasta la vista, comandante—dijo el ministro con algo de ironía.

Media hora despues en el registro de la Conserjería se inscribia el nombre de Claudio Juan Riviere, comandante de reemplazo y caballero de la Legion de Honor.

II.

El hijo del comerciante de paños.

X Claudio Riviere era uno de esos hombres que desde su entrada en la vida aprendieron á tratar el peligro como el domador á las fieras, despreciándolo.

Solo una cosa conmovia su alma viril y era el espectáculo de una traicion; aquella traicion, al herirle, debia atormentarle hasta lo más profundo del corazón, porque bajo la rigidez militar del comandante, como un fuego escondido bajo una coraza de hielo, se ocultaba una apasionada ternura.

Aquel hombre, cuya vida habia estado ocupada hasta entonces en desafiar las balas y las granadas, en matar enemigos, en desear el triunfo de una república ideal y trabajar en su advenimiento, aquel soldado de la patria y aquel defensor de una idea, estaba creado especialmente para amar.

Cuando joven habia adorado la libertad, sintiéndose arrebatado por el viento de tormenta que soplabá entonces por Paris. Nunca recordaba sin emocion aquellos primeros y queridos

recuerdos. Su padre Juan Riviere, el *Tío Riviere* como le llamaban en el barrio del Temple, tenía en la calle de las Vieilles-Haudriettes, su tienda de paños.

Era una casa modesta con una pequeña puerta que se abría bajo un tejadillo. El peldaño de piedra estaba usado y oscuro era aquel cuarto bajo, en el que permanecía entre sus telas el pañero con su vara en la mano, mientras que la señora Riviere en un rincón, hacía calceta, ó, sin hablar una palabra se entregaba á alguna labor de costura.

El *Tío Riviere* era un hombre sencillo que se contentaba con ganar poco. El buen comerciante no tenía más que una vanidad y era la de vender á gentes de alto copete los paños de su almacén. Estaba orgulloso de su muestra, que representaba el busto de un romano con una corona dorada en la cabeza y una inscripción debajo que decía: *Al Gran Titan*. Y el pañero experimentaba inmensa alegría cuando podía escribir, con mano trémula de emoción, en sus libros de cuentas, de papel grueso como pergamino: «*Hoy 7 de mayo de 1788 he vendido al señor duque de Coigny siete varas de paño.*»

Llamaba á su mujer—una de esas buenas burguesas, que nos ha descrito Chardin, que son la sencillez y la abnegación en persona—y la decía alegremente:

—Mira, vieja mía; ¿te parece que nuestra tienda no tiene buenos parroquianos y que á nuestro Claudio le faltarán protectores?

Claudio Riviere era ya entonces un muchacho

de diez y ocho años, la esperanza de aquellas buenas gentes y acababa de salir de ese colegio Louis-le-Grand, en donde Camilo Desmoulins había estudiado la historia romana y rimado epístolas á sus ancianos profesores.

El bueno del tío Riviere, satisfecho con poco cuando se trataba de sí mismo, estaba literalmente reventando de ambición cuando se trataba de Claudio. El futuro comandante había consagrado de joven á la ciencia el mismo ardor que debía consagrar más adelante á la política, y como ciertos soldados de la república y del imperio, menos ignorantes de lo que se cree, había estudiado bastante el latín para hacer la campaña con el *Pharsabe* de Lucano en su mochila.

Y el tío Riviere se decía que Claudio estudiaría leyes; que seguramente llegaría á tener un puesto algún día en aquel Tribunal de París que el buen hombre veneraba mucho sin conocerle. ¡Qué emoción el día en que revestido con la toga, que presta elocuencia, el hijo del pañero pronunciara, delante de la multitud, su primer discurso!

—Yo quisiera—decía cándidamente el bueno de Riviere—que hubiese entonces encarcelado algún criminal muy grande, que pudiese proporcionar á nuestro Claudio la ocasión de desplegar toda su ciencia. Quisiera que el muchacho hablase dos ó tres horas, el mayor tiempo posible, y seguro estoy de que al que él defendía, aunque hubiera merecido cien veces la horca, Claudio lo salvará. ¡Ah! ¡seguramente que

29836

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTREY, MEXICO

en Chatelet se acordarian de él!... pero lo que siento, esposa mia, es que ya no se cometen crímenes atroces. El tiempo de los Cartouches ha pasado y la calle de Vide-Goussst se ha vuelto virtuosa. ¡Es una lástima!

—Si oigo contar á las vecinas que se ha cometido algun crimen—contestaba la señora Riviere,—ó si el *Journal de Paris* hace mencion de alguno, ya te lo advertiré, amigo mio.

Así hablaban continuamente de él. Claudio era el hijo de su vejez. Habian colocado en él todas sus esperanzas, al mismo tiempo que sus ahorros. Casados muy jóvenes, su primera hija habia muerto á los diez años, dejándolos muy solos y abatidos. Durante muchos años, lo único que visitaron los dos esposos en aquel gran Paris fué el rincon de tierra del cementerio de los Enfants-Rouges, próximo á su casa, en donde dormia *la pequeña*. Toda su dicha estaba allí enterrada. ¿Y á qué trabajar, vender paño, permanecer todo el dia en aquella oscura tienda?

—Para nosotros siempre tendremos bastante. ¡Bahl—decia el tio Riviere—pasemos alegremente los dias de fiesta, mi querida Sugette, y vamos á los Pres-Saint-Gervais á respirar el aire embalsamado de la primavera.

¿Pero qué les importaba el espino blanco, ni las sonrisas de mayo, ni las carcajadas de las grisetas, de los estudiantes y de los guardias franceses bajo los cenadores? Luego volvian del brazo, más tristes todavia á su casa de las Vieilles-Haudriettes y decian:

—Decididamente; eso no vale lo que una visita á la muerta.

Ya tenian bastante edad, cuando nació Claudio. De la noche á la mañana, por decirlo así, se rejuvenecieron. El tio Riviere hizo dorar de nuevo el busto de Titus y se puso con más afan á trabajar. Empezaba una nueva vida para ellos. Hicieron una hucha al recién nacido, porque querian que fuese educado como un principe.

Por un momento Juan Riviere estuvo á punto de consentir en colocarle en calidad de menino en casa de uno de sus nobles clientes, pero era separarse de él, y no quisieron. A los diez y ocho años Claudio era alto, elegante, tenia el fuego de la juventud y de la honradez en los ojos, una frente ancha y despejada, espesos cabellos negros y toda su persona respiraba una vivacidad, una intrepidez y un ardor extraordinarios.

Con aquel temperamento, la educacion que habia recibido, los recuerdos de heroismo clásico que todavia zumbaban en su cabeza, con la atmósfera que se respiraba entonces, debia verse (y eso no lo pensaron sus buenos padres) fatalmente arrastrado por aquel movimiento de libertad que iba á sacudir, para renovarlo, al viejo mundo.

—¿En qué piensas?—le preguntaba algunas veces su madre viéndole absorto en un libro soñando y no leyendo.

El la miraba como si hubiese salido de un sueño y en realidad, ¿sabia acaso en lo que pensaba? Experimentaba ese malestar inevitable que,

en el umbral de la vida, se cierne sobre los espíritus inquietos del porvenir. No veía distintamente su camino en los derroteros tenebrosos que le esperaban. Se detenía en el umbral de aquel Tribunal en que debía entrar, como si el olor polvoriento de los pergaminos allí amontonados se le hubiese agarrado á la garganta.

Ante aquel antro de embrollos, ante aquellas hileras de in-folios enmohecidos, aquellos montones de papeles amarillentos, y aquellos sombríos nidos de abusos, vacilaba. No era la existencia que él apetecía, ¿pero qué remedio? Por todas partes el favor, la injusticia y el capricho; tenía que resignarse ó mejor dicho, en el Tribunal lucharía para hacer triunfar la verdad y el derecho como se lo había jurado á sí mismo en sus sueños de jóven, y en sus horas de dolorosas reflexiones, trabajar siempre lealmente se decía, ¡es una misión bastante digna de un hombre!

La revolución, impidió que Claudio Riviere cumpliera esa tarea. Fué una gran sorpresa y un vivo dolor para el tío Riviere, cuando una noche de julio su hijo entró ¡alegre y con el traje roto, esclamando:

—¡Han tomado la Bastilla!

—¿La Bastilla?—dijo el pañero levantando sus gafas para mirar á su hijo cara á cara.

La señora Riviere cruzó las manos y dejó caer su calceta, repitiendo:

—¿La Bastilla?

Se había oído mucho ruido en el barrio aquel

dia y numerosos grupos habían pasado por las calles gritando.

El tío Riviere había visto que se trataba de atraer al pueblo á la revolución, pero se había sonreído moviendo la cabeza y había dicho á su mujer:

—No temas, Susana, todo eso desaparecerá ante los dragones del señor de Lambese.

La noticia de la toma de la Bastilla le aplastaba.

—¿Es posible? ¿No te equivocas?—dijo á Claudio—¿Quién te lo ha contado?

—Nadie. Cuando han tomado la Bastilla estaba yo allí.

—¡Misericordia!—dijo la madre,

—¡Desgraciado! ¿Te has atrevido?...—dijo el padre.—Pero S. M. habrá hecho ahorcar antes de ocho días á todos esos rebeldes!... ¿Tú has contribuido á tomar la Bastilla?... No has temido... No, de seguro, eres valiente, no tienes miedo á nadie... ¿No has temido ser el acusado en vez del defensor?

—¡Ah, el Tribunal!—dijo Claudio paseando por el cuarto.—¡Antes de dos meses no existirá ese Tribunal! Eso se acabó, padre mío. ¡Todas esas instituciones carcomidas caerán como ha caído hoy la Bastilla! ¿Pero no veis que entramos en tiempos nuevos y desconocidos? El rey no castigará á nadie, porque ya no tiene el poder de castigar. El verdadero soberano, desde hoy, ya no se llama Luis XVI, ¡se llama el pueblo!

—¿El pueblo?—dijo el tío Riviere.

—Sí, vos, yo, todo el mundo: el zapatero de viejo de la esquina lo mismo que el señor de Coigny, ¡el más pobre y el más millonario!

—¿Estás loco, mi pobre Claudio?—preguntó la madre, que fijaba en su hijo sus asustados ojos.

—No, madre mía, no soy ni un insensato ni un utopista. ¡Ah! ¡si hubiéseis visto qué entusiasmo, qué necesidad de sacrificio y de valor! Han ido al fuego como unos valientes. Eran pocos en la Bastilla; pero aunque hubiesen sido veinte mil, los habrían vencido. ¡Despidámonos del pasado! Reclamamos nuestra parte de derechos y de justicia.

Mis buenos y ancianos padres, vosotros que sois la abnegacion y la bondad misma, vosotros que sois la humilde virtud, la oculta altivez, la verdadera y profunda honradez, vais á ser los iguales de esos grandes señores que os despreciaban y creían haceros un honor muy grande, sin duda, no pagándoos los paños que os compraban.

—¡Vamos, vamos!—decía el pobre padre.—Cálmate, hijo mio, vas á tener una congestion.

—Está encarnado como una amapola —decía la madre.

—Con tal —añadía el pañero — que esa fiebre no le juegue alguna mala pasada. Yo desconfío de la política; nunca ha dado la felicidad á los que se casan con ella; si nó ved al señor Linguet, un abogado como nuestro Claudio.

A pesar de las advertencias y la desesperacion silenciosa de sus padres, el futuro comandante Riviere se entregó en cuerpo y alma á

aquel movimiento revolucionario, que empezó como una fiesta y luego se convirtió en tragedia. Los pobres viejos de la tienda del barrio del Temple estaban consternados; pero amaban á su hijo, bajaban la cabeza y obedecían.

Solo de vez en cuando el pañero exhalaba algun suspiro, y decía pensando en la niña que habían perdido:

—¡Qué lástima que nuestro segundo hijo no haya sido tambien una niña como Juanita! No habríamos temido por lo menos que se dedicase á la política.

—¡Quien sabe!—respondía la señora Riviere pensando quizás en las *calceteras*.

Claudio, se separó pronto de los movimientos revolucionarios de las calles y de los clubs, para entregarse por completo á aquel ejército improvisado que defendía la patria. Apenas formó parte de él, cuando se sintió, en su verdadero centro, el de la lucha diaria y del constante deber.

Era de la raza de los Marceau y de los Hoche. Mientras que los partidos se destrozaban alrededor de una tribuna, él prodigaba generosamente la sangre de sus venas en los campos de batalla. El anciano Juan Riviere no había vuelto á ver á su hijo, sino á largos intervalos y mientras Claudio ganaba primero sus galones y luego sus charreteras, muchos cambios se verificaron en la tienda de la calle de las Vieilles-Haudriettes.

La madre había muerto. Claudio supo esta noticia, por una carta muy retrasada, al día

siguiente de un combate, en la embriaguez de una victoria bien disputada y bien ganada y las lágrimas que vertió fueron muy amargas.

Entonces, el tío Riviere, al ver que Susana descansaba junto á su hija, no tuvo ya ganas de trabajar y se retiró del comercio. ¿De qué le servía medir paño? Sin ser rico, había reunido algunas economías bastante considerables que le permitían vivir holgada y descansadamente y Claudio las hallaría cuando hubiese muerto el pobre hombre.

—Además,—decía Juan Riviere,—mi casa ya no es mi casa. Todos estos acontecimientos políticos me han obligado á cambiarla de nombre. La muestra del *Gran Titus* se ha convertido en la del *Gran Brutus* y este acontecimiento hace que mi tienda me sea insoportable. Cien veces ha estado á punto de hacerme prender como sospechoso esa querida y maldita muestra. Yo me obstinaba en llamarla *Titus* y ¡caramba! mis vecinos de gorro con rabo de zorro, no bromeaban sobre este capítulo...

Y luego, detrás de cada pieza de paño, detrás del mostrador, creo siempre estar viendo la sombra de mi pobre Susana ¡Me dá demasiada tristeza y me costaría la vida! No necesito más que un poco de sol y se lo pediré á los lancos del boulevard del Temple!

De este modo se vendió la casa, y el *Gran Titus*, después de haber sido el *Gran Brutus* en 1793, se convirtió, bajo el sucesor del buen hombre en 1804, en el *Gran César*.

—Ya no hay nada estable en este mundo—

murmuraba el pañero con risueña melancolía.

Claudio no había tomado tan filosóficamente como su padre esos cambios de etiqueta, que hacían de una república una monarquía militar. Después de haber visto el consulado con miedo, vió el imperio con ira. Los oficiales que pensaban como él eran muy numerosos.

El imperio, en sus principios, no halló en el país sino muy fría acogida. Las fiestas públicas dadas para celebrar la proclamación del primer cónsul á la dignidad imperial, no habían brillado, ni por su alegría, ni por su entusiasmo.

Napoleon se dió cuenta de ello é hizo entonces todo lo posible por congraciarse el ejército; creó mariscales entre sus amigos y hasta entre los que no lo eran, pero que la opinión pública le imponía como Jourdan, Massena, Brune, Angerean, Noy, que todos eran algo republicanos en el fondo del alma.

Trató de desarmar al arrabal Saint-Germain ó mejor diho, porque ese *arrabal* en el sentido que hoy se le da, no existía entonces, trató de atraerse á los nobles, á los emigrados: «Yo les había abierto mis ejércitos—dijo luego—y se precipitaron en mis antesalas.»

A despecho de todas esas amabilidades, aun había *chouaus* en la Vendée, y descontentos en el ejército. Inútilmente, en visperas del imperio, Napoleon envió á Santo Domingo los regimientos más notoriamente republicanos para que los negros los diezmaran; todavía quedaban bastantes caracteres independientes en el ejér-

cito francés para preocupar al sospechoso emperador é iracundo César.

Claudio Riviere no era de los que ocultaban sus opiniones. Amigo del general Malet y de aquel valiente coronel Oudet, que pasaba á los ojos de la policia por el instigador de todos los complots militares, el comandante, era al mismo tiempo estimado por su valor y temido por su franqueza.

—No me gustan los que hablan tan alto—había dicho un día Napoleon.—Un oficial no debe elevar la voz más que para transmitir las órdenes que se le dan.

Pero, lo repetimos, si Claudio Riviere guardaba en el fondo del alma el culto de aquella libertad, cuyas alas habia roto Brumario, amaba ante todo la Francia, y, en el momento de la batalla, no tenia más que una idea: arrancar la victoria al enemigo.

Ardiente, apasionado, casi violento, Claudio habia pasado ya de los treinta años sin haber amado más que su fé política, cuando encontró en su camino la mujer con quien debia casarse. Era una jóven de veinticuatro años, huérfana, y que habia vivido siempre casi sola, encerrada en un gran hotel de la calle de Postas, en donde su tío, único pariente que la quedaba, la tenia á su lado.

Aquel tío, cuyo nombre se habia mezclado algunos años antes en todas las tormentas políticas, se habia retirado á un hotel lleno de libros, en el fondo de un jardin, y sin recibir á nadie, pasaba allí su vida entre tres personas: su so-

brina, á quien á veces hacia le leyera Diderot en voz alta, un antiguo servidor y su criada que le tenia al corriente de todas las primeras frutas, verduras, etc., de cada estacion.

El señor Chambaraud, como le llamaban en el barrio de la Estrapade, habia formado parte en otro tiempo de la Convencion nacional y habia salido sano y salvo de la tormenta. Como Sieyes podia responder tambien: «He vivido» pero nadie tenia el derecho de reprochar á Silvano Chambaraud una hora de debilidad. Firme y resuelto en su moderacion relativa, el convencional habia visto pasar las dictaduras sin servir-las y despues de su caida, las explicaba sin insultarlas.

Era un hombre dulce y recogido, y sin embargo inflexible, que habia sido un actor perspicaz del gran drama. Adivinando que el sable cortaría algun dia las discusiones, habia tratado de escapar á la tiranía de la palabra para evitar el despotismo de la espada. Aunque republicano no habia aplaudido el golpe de Estado de fructidor que ponía el poder legislativo á merced de los soldados y oponía los cañones de Augereau á los que Barbé-Marbois, llamaba los *cañones morales de la ley*.

Habiendo llegado el imperio como consecuencia inevitable de aquella proeza de pretorianos, Silvan Chambaraud habia completa y voluntariamente desaparecido de la escena del mundo. Acostumbrado á vivir en Paris desde el 89, no habia podido resolverse á volver al Limousin, su país, y aunque no salia casi nunca, habia que-